Belenes y Pesebres

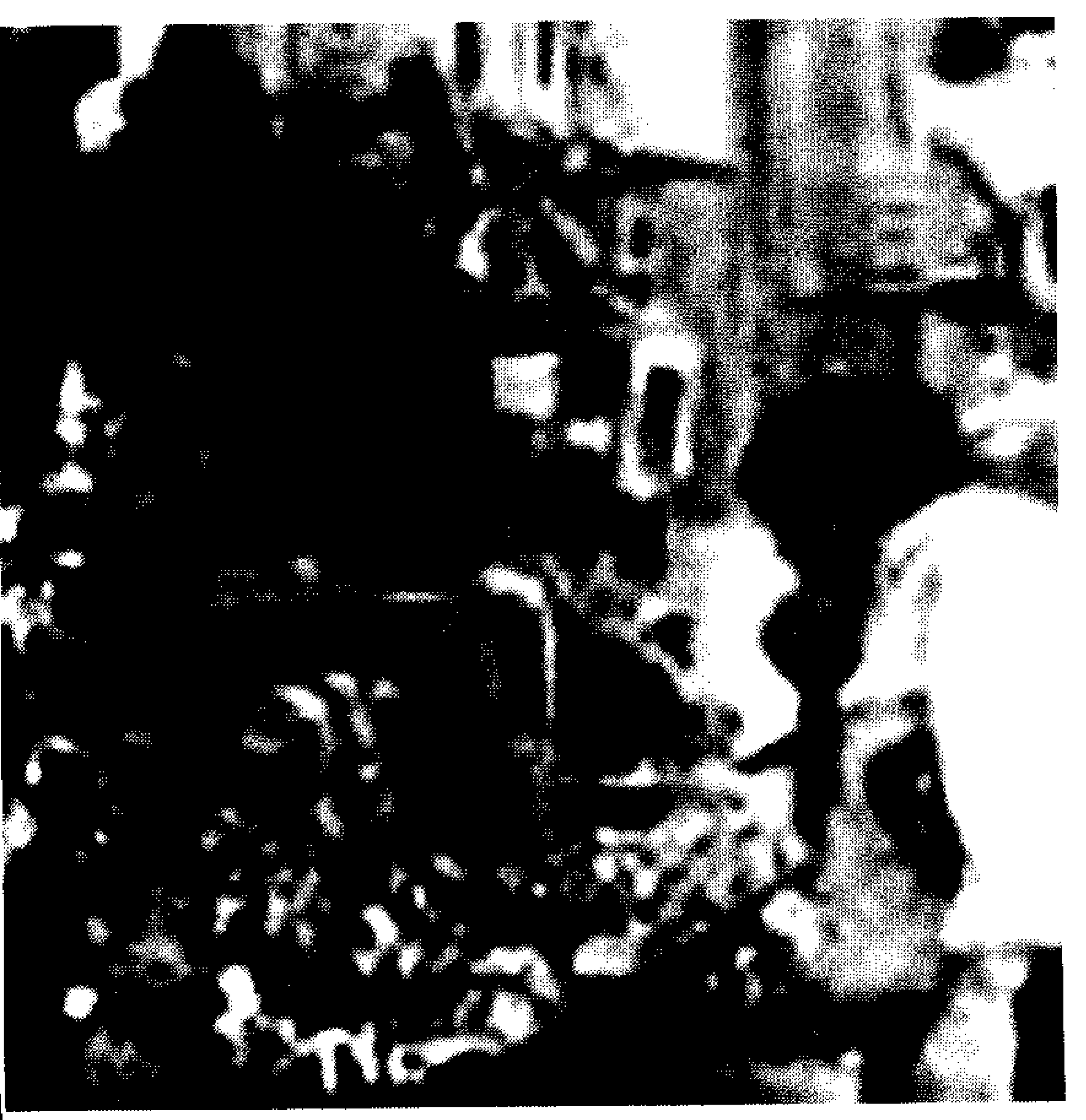


Diego Medina Morales

fd1memod@uco.es

Una de las costumbres que siguen reproduciéndose con vigor actualmente en Navidad es la confección de los llamados Belenes. Tanto es así que incluso las instituciones públicas patrocinan mediante concursos su perpetuación y su mejoramiento. En Córdoba los belenes que podemos contemplar hasta la Epifanía son, al menos, un buen puñado. Todos ellos con sus ríos de plata o su rumorosa agua, sus montañas de cartón papel o de corcho, su perenne nieve, sus casitas, y sus figuras de barro.

Los Belenes son una vieja tradición importada de Italia o, por mejor decir, de Nápoles. Será en Nápoles cuando, hacia la mitad del siglo XVI, se comenzará a desarrollar esta tradición cristiana, como consecuencia de los cambios que el Renacimiento había producido en el viejo simbolismo medieval. Nace, así, el Belén moderno; la historia atribuye el mérito a San Cayetano de Thinee, que se dice construyó en el oratorio de Santa Maria de la Stalletta -Hospital de los Incurables- un gran Nacimiento con figuras de madera fijas -vestidas según la costumbre de la época- en 1534.



La calle de los Pesebres de Nápoles.

No obstante, la gran difusión de la citada costumbre -sobre todo en España- no llegaría hasta el siglo XVIII. Será la esposa de Carlos III, María Amalia de Sajonia -también conocida por el sobrenombre de la reina del Belén-, la verdadera artífice del milagro. María Amalia, que siempre fue llamada con el francés nombre de Amélie, fue una reina muy fecunda que dio a luz a cinco hijas de las que murieron tres y luego tres varones más -uno de ellos el que habría de ser Carlos IV- llegando a contar hasta trece hijos.



Un pesebre napolitano.

María Amalia vivió en Nápoles desde que se casara con Carlos hasta que, muerto Fernando VI, tuvo que viajar, acompañando a su marido -nuevo rey de España- a Madrid. Allí llegó acompañada de su hijo Carlos y siete infantes más. Con tantos partos, María Amalia había perdido la juventud y parte de su salud, hecho éste último agravado por su insana costumbre de fumar grandes puros. Parece ser que su acomodación a Madrid no fue demasiado fácil. Habituada a Nápoles, con su mar y su clima suave, Madrid no le ofrecía demasiadas facilidades. Las dificultades idiomáticas, el indómito invierno, las gélidas estancias del Palacio del Buen Retiro, la insalubridad de la capital de España -que le pareció horrible-, fueron algunas de las circunstancias que contribuyeron para amargarle su primera -y también la última- Nochebuena española.

La única compensación que sintió la reina fue traer a su inmediación un trozo de las tradiciones napolitanas en la forma de un Belén que, ella misma, había traído desde allí. Así pues, mientras su marido -el único Borbón que ha demostrado buen juicio y sentido político en España- andaba preocupado por adecentar y modernizar las calles de Madrid, acabar el Palacio Real y los jardines o con hacer tantas otras mejoras que España necesitaba, María Amalia construyó su Belén y lo mostró a toda la clase alta de la ciudad que inmediatamente comenzó a imitar tal costumbre. Poco tiempo después también las clases medias comenzarían a adoptar esta costumbre con la celebración y anuencia de todas las clases bajas. El Belén se había popularizado en España.

Aún hoy es un placer pasear por la estrecha calle de San Gregorio Armeno de Nápoles, también conocida popularmente por el nombre de "la calle de los pesebres" -pues en Italia a esta vieja tradición se la conoce con el más afortunado nombre del "pesebre"-. Ese paseo te permite contemplar lo más sublime y lo más pueril -como normalmente ocurre en esta ciudad- de esta tradición; las figurillas de plástico importadas desde china comparten escenario con otras figuras salidas desde el magisterio y la genialidad de artesanos que desde niños aprendieron a modelar con sus manos los diversos personajes del nacimiento. Caras perfectamente esculpidas y magníficamente pintadas por expertas manos -incapaces del mínimo error-, figuras perfectamente ataviadas, constituyen un panorama de eterna Navidad que, sea cual fuese el día del año en el que el visitante decida pasear por aquella vía, siempre nos trasladan a estas fiestas.

Magnífica tradición, pues, que contribuye, si cabe, a hacer más Navidad la Navidad y que, Dios lo quiera, esperamos siga formando parte de nuestro entorno y de nuestra cultura por muchos años. ¡Feliz Navidad a todos!